

que ni el fruto que hacía a la naciente Iglesia le bastaba, ni con recibir el Santísimo Sacramento descansaba,

«y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte... enviaba a Dios nuevos gemidos»,

y pedíale la sacara de esta cárcel y le mostrase su faz,

«porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Tí.» (54)

Y así debía de ser, porque penetrada del amor divino, no podía hallar consuelo en las cosas de acá,

«antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no [por remedio de la herida amorosa de su Corazón...»

No descansaba en la tierra, y no poseía el bien del cielo porque suspiraba y así, acomodando el texto de Job (7,15), nos dice el Beato que

«estaba la Virgen entre el cielo y la tierra, colgada de donde estaba el deseo de su Corazón... No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su Corazón: ¡Ay de mí, por qué mi morada se ha prolongado...!» (55)

Tal fué el Corazón de María mientras vivió en la tierra; el Beato lo contempla después en el cielo, estudia su actuación en favor nuestro y nos dice que el Corazón de María piensa en nosotros, que anda solícito en nuestro bien y se consuela al vernos en camino de salvación.

Piensa en nosotros, y «su piadoso Corazón—dice el Beato—no olvidará a los que están en la tierra ni dejará de hacer el oficio de Madre abogando por ellos». (56)

Su solicitud por nosotros, declárala el M. Avila de muy ingeniosa manera, porque se imagina a la Virgen en posesión ya de la gloria del cielo, y él mismo le pregunta si no tiene aún satisfechos los deseos de su Corazón, a lo cual responde la celestial Señora:

(54) Asunción de la Sma. Virgen María (II), nro. 9; vol. II; pág. 853.

(55) Ibidem, nro. 6; vol. II, pág. 836-837.

(56) Véase el texto citado en la nota 32.